



NOTA DE LA AUTORA

Antes de que emprendamos el viaje, me gustaría comentar algo acerca de la verdad. Es cierto que a principios del verano de 2005, al volante de una furgoneta amarilla, me embarqué en un transbordador con destino a Noruega, pertrechada con un billete de ida y un violonchelo. Tenía pensado subsistir tocando en las calles para poder llegar hasta Nordkapp y ver el sol de medianoche. También es cierto que alguien a quien conocía de toda la vida había muerto el año anterior y que fue eso lo que me indujo a emprender aquella locura. Es verdad que tenía el corazón roto, que me había enamorado y me habían dejado tirada. Es verdad que viajé sola en mi furgoneta amarilla y que sobreviví a lo largo de todo un año tocando el violonchelo en cientos de calles europeas, de Noruega a Portugal. Y también es cierto que conocí a una chica que me envolvió con su luz y me regaló dos cintas de condecoraciones al valor. Aún las tengo. Todo lo que he relatado hasta aquí es la realidad. Cuando me propuse escribir este libro, aún no entendía la relación que hay entre las historias y la realidad. La primera versión acabó siendo tan larga como el *Ulises* y mucho menos legible. En aquel primer manuscrito, la verdad se diluía en interminables puntos muertos de confusión y aburrimiento, igual que pasa en la vida. De modo que volví a intentarlo. Comprendí que, en los relatos, la relación entre la verdad y los hechos debe saltar a la vista. Las historias poseen su

propia lógica interna, a través de la cual emerge la verdad, y para desvelar esa verdad hay que rebajar y esculpir la realidad igual que los escultores tallan la piedra dejando que aflore la forma oculta del interior. Así que definí la verdad de mi viaje, la autenticidad que experimenté en la soledad de la carretera, y luego dejé que las necesidades narrativas se impusieran. Creé personajes individuales a partir de elencos de media docena de individuos. Trasladé el escenario de algunos encuentros importantes. Cambié los nombres. Importé el final del futuro. Yo creo que recurrir a este tipo de licencias poéticas en relación con la realidad no solo está justificado sino que es necesario, porque contribuye a que la verdad brille con más intensidad.



INTRODUCCIÓN

Desde mi regreso, cada vez que cuento mis aventuras todo el mundo me hace las mismas preguntas: si hubiera sabido de antemano lo mal que lo iba a pasar, la cantidad de montañas que tendría que subir, cuántas carreteras perdidas me tocaría recorrer, cuántas horas de música iba a tener que arrancar de una parte de mí cuya existencia ni siquiera conocía, ¿habría emprendido el viaje de todos modos?

Puede que no.

El plan en sí mismo ya era suficientemente desalentador. Sacar unos cuartos tocando en las calles para llegar a la zona del sol de medianoche y luego volver. Con un violonchelo. Un instrumento que nunca había tocado en la calle. Ni en ninguna parte que no fuera mi dormitorio, la verdad. Sin embargo, en aquel entonces pensaba que al cabo de un par de meses todo habría terminado. Lo haría porque sentía que debía hacerlo, por Andrew, y después regresaría a mi antigua vida. Y nada habría cambiado demasiado, salvo que Andrew ya no estaría allí, claro, y que Jack comprendería por fin que yo no era tan patética como él había supuesto y volvería conmigo.

No fue así. Todo cambió. Porque conocí a Hanna.

Intenté hablarles de Hanna el día de mi regreso, cuando por fin nos reunimos todos en Broadsands, un albergue de mochile-

ros que está cerca de Land's End, en Cornualles, donde trabajé y viví varios años antes de emprender mi gran aventura. Tuve la sensación de que no había pasado el tiempo. Se lo tomaron a coña.

—Por lo que dices, parece una chica Bond.

—A esa le vendría bien un buen polvo.

—A lo mejor a ti también te darían una condecoración si le echaras un polvo.

He pensado en ello a menudo. En lo fácil que habría sido que Hanna y yo no nos conociéramos. ¿Y si yo hubiera pasado por allí una hora después o una hora antes? ¿Y si no se hubiera levantado una niebla muy densa? ¿Y si yo no hubiera llamado a Ben desde aquella cabina telefónica de Tromsø? ¿Y si no hubiera conocido a Henrik? ¿Y si, para empezar, nunca hubiera hecho aquel viaje?

No creo en el destino, pero, a día de hoy, sí creo en el coraje.

Creo que en la vida hay senderos trillados, caminos que seguimos por la fuerza de la costumbre o porque siempre se ha hecho así o porque lo vemos en la tele, que nos ponen en contacto con las cosas y las personas que ya conocemos.

Son los caminos que conducen al pub, al sofá, al supermercado, a ese trabajo que detestamos, pero que conservamos por miedo, a las casas que no nos gustan o a los políticos que no buscan nuestro bienestar.

Ahora sé, no obstante, que también hay otras rutas. Caminos insensatos, poco prácticos, absurdos. Caminos con los que no estamos familiarizados y que nos parecen inseguros porque no conocemos a nadie, ni famosos ni amigos, que los hayan recorrido. Y tendemos a ignorarlos, porque seguirlos requiere grandes dosis de fe, de esa clase de valor que te obliga a hacer oídos sordos y a cerrar los ojos a las consecuencias.

No obstante, si te atreves a explorarlos, por mucho que te digan que estás loco, si haces de tripas corazón y echas a andar, conocerás a personas capaces de transformarte. Como Hanna.

Nunca antes había entendido en qué consistía el valor. Pensaba que algunas personas con suerte, como Jack, eran intrépidas de nacimiento y que por eso cabalgaban enormes olas en sus tablas de surf o escalaban paredes verticales sin cuerdas de seguridad. Sin embargo, el verdadero valor no tiene nada que ver con la ausencia de miedo. Consiste en actuar en cualquier caso, en seguir adelante, en vivir, tanto si tienes miedo como si no. Y el coraje no es escalar paredes verticales sin cuerdas. Es atreverse a mostrar a los demás quién eres tú. El coraje significa ser fiel a uno mismo de todo corazón.

Así que renuncié a contarles nada y me dirigí a mi furgoneta. Cogí la vieja guitarra que Francis Philippe me había regalado en Salagou, volví al bar y empecé a tocar los acordes de *Bruca Maniguá*, la canción que siempre me recordará a Hanna y a los días que pasamos juntas recorriendo un territorio inhóspito. Y luego seguí cantando la letra que, por fin, había acabado de componer durante el largo regreso a casa. Eso les cerró la boca, ya lo creo que sí. Me miraron como si fuera un bicho raro, y lo comprendo. Antes me moría de vergüenza si alguno de ellos me oía tocar el chelo casualmente a través de las gruesas paredes del cobertizo. Ahora, allí estaba yo, cantando en público.

*Tú... me envolviste en luz brillante,
me enseñaste a buscar mi camino,
me mostraste lo bello de un instante
y que las condecoraciones siempre son al valor.*

Me costó lo mío. Tuve que parar un momento para tomar un buen trago de cerveza Rattler. Entonces me di cuenta de que ya no se lo tomaban a coña.

—¿Qué tema es ese? —preguntó Ben—. Me suena mucho.

—Es una vieja canción cubana. Ibrahim Ferrer interpretaba una versión. Yo la cantaba a menudo cuando tocaba en la calle. Esa chica de la que os hablaba antes me la enseñó. La verdad es que el tema trata de ella.

—¿Cómo es posible que una vieja canción cubana trate de una chica que conociste en Noruega?

—La letra es mía.

Jack y Ben se miraron.

—Vuelve a empezar desde el principio —me pidió Ben.



PRIMERA PARTE

Amor y muerte



1

Cuesta un poco ubicar los principios porque siempre se solapan con los finales, pero podría decirse que esta historia en concreto empezó justamente allí donde terminó, en Broadsands. Rompía el alba de un día muy próximo al verano. Me despedí de Ben, la persona que se había hecho cargo del albergue mientras el dueño, que acababa de heredar una fortuna, daba la vuelta al mundo. Al volante de mi furgoneta, remonté ochocientos kilómetros por la costa hasta Newcastle. El vehículo era de un tono amarillo chillón o, cuando menos, lo eran las zonas de la chapa que el óxido no había oscurecido. Pero no penséis en un amarillo de serie, sino más bien en el tipo de amarillo que obtendrías si camuflases un vehículo robado de prisa y corriendo con la lata de pintura en aerosol que le sobraba a un colega.

Supongo que por eso un policía me dio el alto. Aspiró entre dientes y pateó un neumático, luego otro. Yo me llevé las manos a los ojos e intenté concentrarme en adoptar una apariencia normal. Deseé ser la típica chica que pasa de todo. Habría dado un brazo por convertirme en alguien así. Y habría vendido la pierna izquierda. Por desgracia, yo no soy de esas. Soy sufridora por naturaleza. Y no acababa de hacer un viaje de catorce horas en mi descacharrada furgoneta desde Land's End hasta el túnel de Tyneside para luego pasar un día entero en un transbordador con destino a Noruega porque fuera valiente y rabiosamente independiente, ni por-

que hiciera a menudo ese tipo de cosas. Lo hice movida por las dos razones que, desde hace miles de años, empujan a la gente a mover el culo: el amor y la muerte.

Solo hacía un par de semanas que tenía la furgoneta. La había escogido porque no podía permitirme nada más y porque era tan vieja que tenía radiocasete, así que podría escuchar por fin las seis roñosas cintas de Jack, la única prueba de que él y yo habíamos existido. Era una Iveco Daily de tres toneladas y media, con seis neumáticos y montones de caballos de potencia. La verdad es que tenías la sensación de estar conduciendo un camión de cuarenta toneladas. Se la había comprado barata a los colegas de *motocross* de Ben. Apeataba a grasa y a motos viejas.

Casi nadie creía que llegaría tan lejos y mucho menos que aguantaría lo que tenía por delante. La gente enarcaba las cejas, negaba con la cabeza e intentaba fingir, sin conseguirlo, que no me tomaba por loca. Reconozco que la furgoneta no inspiraba mucha confianza. Aparte del óxido y de la pintura, tenía otros problemitas: un embrague que chirriaba como si un vampiro abriera su ataúd en mitad de la noche, una puerta corredera asesina, que se cerraba sin previo aviso y a la que ya debía agradecerle nueve puntos en la cabeza, y dos neumáticos casi lisos. Estos últimos me habrían preocupado más de no haber sido los de detrás, porque el eje trasero tenía dos ruedas a cada lado. Ben las llamaba «ruedas gemelas». Yo las llamaba «cuantas más, mejor». Hasta que el policía me detuvo.

Esboqué algo parecido a una sonrisa y le agité el billete del transbordador en los morros para que supiera que me marchaba del país.

—Inspección de rutina.

Me dio un vuelco el corazón.

Deseé que Jack estuviera allí. El rubio, macizo, atlético, seductor y ególatra de Jack, que exhibía su egoísmo con el orgullo de un converso. Él no se echaba a temblar cada vez que veía un coche de policía. No aferraba el volante con manos sudorosas, convencido de que estaban a punto de encerrarlo por un crimen que ni siquiera

ra sabía que hubiera cometido. Les habría hecho la peineta a los polis y los habría llamado cerdos a la cara. Por desgracia, Jack no estaba allí. Se encontraba todo lo lejos que se podía estar sin contar el espacio sideral.

El policía me pidió que le mostrara la parte trasera de la furgoneta.

Yo seguía sentada en el asiento del conductor. Las portezuelas traseras estaban estropeadas y no se abrían desde el exterior. La puerta lateral se mantenía cerrada con cables. Y no es lo mismo que una puerta asesina te mande a ti al hospital a que deje fuera de combate a un policía que lleva a cabo una inspección rutinaria. No me quedaba otra opción que apretujarme para pasar por el pequeño hueco de la mampara metálica que separaba la cabina de la parte trasera. Las cosas fueron de mal en peor. Durante un instante de horror, creí que el policía tendría que llamar a los bomberos. Sonó un fuerte golpe cuando aterricé de cabeza en el suelo del vehículo.

El policía echó una ojeada al interior. Me miró y volvió a observar la zona de carga. La estampa no tenía desperdicio. Los costados desnudos y el herrumbroso suelo estaban forrados deprisa y corriendo con machihembrado astillado, de tal modo que mi nueva casa recordaba una sauna abandonada. Salvo que no estaba aislada ni tenía calefacción. El techo de fibra de vidrio, que carecía de recubrimiento, estaba negro de moho. Unos vaqueros, cuatro camisetas, dos jerséis de lana y algunas embarazosas bragas se amontonaban en una vieja red de pesca que Ben había encontrado en la playa. Mi cocina era una plancha asimétrica de contrachapado con un agujero del tamaño de una palangana recortado en la superficie y un hornillo de segunda mano colocado encima. Además de eso, había un armario que también hacía las veces de cama. El policía me dijo que lo abriera. Se rascó la cabeza. En el interior del armario, protegido por una ajada funda, estaba mi violonchelo.

Puede que sea una excentricidad, pero desde luego no es ilegal viajar por ahí en el interior de una sauna abandonada con un vio-

lonchelo debajo de la cama. Tras llamarme la atención respecto a los neumáticos, el policía me dejó marchar. Llegué al transbordador justo a tiempo de que un hombre vestido con un mono fosforescente midiera la furgoneta con una regla y me indicara por señas que embarcase. Coches, camiones y flamantes autocaravanas aparcaron detrás de mí y apagaron los motores. Yo me quedé inmóvil en el asiento del conductor, deseando estar a millones de kilómetros de allí. A poder ser, en otro planeta, donde la vida se asemejase a un viejo radiocasete y fuera posible volver a grabar los temas que no te gustan. Borrar los errores, volver al principio, decir las cosas que nunca dijiste, hacer las cosas que jamás hiciste. Las enormes puertas de metal se cerraron a mi espalda como las fauces de un monstruo. Me pesaba todo el cuerpo. Se me saltaban las lágrimas. Porque la vida no es como un viejo radiocasete. No hay botón de pausa, ni de rebobinado. No hay vuelta atrás.



2

Conocí a Jack en la playa, un día de invierno.

Refugiada entre las dunas, miraba las olas, algo que hacía a menudo. Me gusta ver cómo se estrellan contra las rocas y dibujan formas en la arena. Me gusta pensar en las largas distancias que habrán recorrido, imaginar su procedencia. El Caribe, Alaska o algún lugar sin nombre en mitad del océano. Lloviznaba. Yo llevaba un viejo anorak. Jack no. A él le traían sin cuidado menudencias como la lluvia. Apareció entre la bruma sin nada encima, salvo una mochila llena de cuerdas de escalada y una tabla de surf debajo de cada brazo.

En Broadsands hay habitaciones con literas, que Ben alquila de vez en cuando a los surfistas itinerantes. Andrew y yo vivíamos en esas habitaciones. A cambio, echábamos una mano en el bar cuando abundaba la clientela, es decir, nunca. Broadsands está a un kilómetro y medio de la playa, en las afueras de la minúscula aldea en la que nos criamos Andrew y yo. Casi todos los que han crecido allí se marchan en cuanto tienen edad suficiente para comprar un billete de tren. Andrew y yo intentamos marcharnos también, pero ambos acabamos por regresar. Andrew porque era adicto al surf y yo porque no tenía ni idea de lo que quería hacer y porque cuesta mucho vivir lejos del mar cuando lo llevas en la sangre.

Ben le ofreció una habitación a Jack, pero él insistió en asear el cobertizo que hay al fondo del jardín, que mide dos metros cuadrados y está infestado de ratones y arañas. Cubrió la pútrida madera del suelo con esterillas de playa, tendió su colchoneta de alpinismo encima y se hizo una estantería con maderos viejos para sus novelas de Aldous Huxley y Jack Kerouac, sus libros de tétricos poemas japoneses y media docena de viejas cintas que nadie podía escuchar porque ¿quién demonios tiene un radiocasete hoy día?

Cada mañana, Jack preparaba café en una cafetera exprés Bialetti que colocaba en equilibrio sobre su viejo Trangia, un hornillo de alcohol diseñado para grandes altitudes. A causa de ese hornillo, todo el cobertizo apestaba a petróleo. Llevaba camisetas floreadas que compraba en tiendas de segunda mano, y sus tablas de surf lucían estarcidos de caracteres japoneses cuyo significado lo conmovía, pero no podía explicar. Se consideraba un trotamundos y contaba muchas historias de las disparatadas aventuras que había corrido junto a su padre, un oficial de los marines. Llevaba desde los dos años recorriendo el mundo de acá para allá.

Mi padre no era un oficial de los marines. Mi padre era un tipo divertido, encantador, adorable, hundido y venido abajo por una vida mucho más dura de lo que esperaba. Levantó un negocio de la nada en la década de 1980 y lo perdió todo diez años después. Bebía sin prisa pero sin pausa, y eso no le hacía precisamente feliz. Cuando perdimos la casa, el matrimonio de mis padres se fue al garete y, durante un tiempo, también la cordura de mi madre. Ella nos había enseñado todo lo que se puede saber sobre el amor. Nosotros, a cambio, la queríamos a rabiar. Mis hermanas y yo hicimos piña e intentamos con todas nuestras fuerzas alejarla del borde del precipicio en el cual se columpiaba. Pese a todo, algunos días apenas si recordaba nuestros nombres. El miedo empañaba los viajes a casa en el autobús escolar; el fantasma del suicidio planeaba sobre nosotras constantemente. Maduré rápidamente y me marché de casa en cuanto pude. Mis padres no podían andar pendientes de mi supervivencia cuando su propia vida era tan precaria. Para colmo,

puesto que habíamos perdido la casa, mi dormitorio era una tienda de campaña plantada en el jardín del minúsculo apartamento de mi madre. La veía a menudo, pero Broadsands pasó a ser mi hogar, y mis amigos de allí, Ben y Andrew entre ellos, mi familia.

El miedo que me atenazaba en el autobús escolar no me abandonó cuando me hice mayor. Quizá por eso estaba tan colada por Jack. Él no tenía miedo. Se encaramaba a una pared vertical de un salto (como esos muñequitos pegajosos que los niños lanzan contra las ventanas) y la escalaba sin cuerdas de seguridad. Remaba hasta arrecifes afilados como puñales por los que nadie se había atrevido a surfear jamás y cultivaba cactus alucinógenos que podían matarte en un descuido. Y si bien inspiraba cierto recelo en la mayoría de los hombres, casi todas las chicas que yo conocía estaban enamoradas de él. Por eso aluciné cuando me escogió. A mí, precisamente, una chica del montón, neurótica perdida y con la melena encrespada. No daba crédito a mi buena suerte. Estaba salvada.

O eso creía yo.

Cierto día, al cabo de casi un año, Jack se levantó una mañana y me anunció que se iba a la Patagonia.

—Necesito desconectar un tiempo.

Se lo llevó todo. Los libros, las camisetas y la colchoneta. Su anorak de plumón. Sus cuerdas de escalada. Su cafetera y su hornillo de alcohol. Sus dos tablas de surf y hasta el último pedazo de mi corazón roto. Las únicas huellas que quedaron del tiempo que habíamos compartido fueron media docena de cintas, que me ofreció porque no le servían para nada, y una camiseta, que escondí porque conservaba su aroma.

Me sentía morir solo de pensar en ello. Me sentía morir solo de imaginar que las habilidosas manazas de Jack pudieran estar explorando el cuerpo de otra mujer.

Y me sentía morir aún más al recordar a Andrew.

Andrew, con sus chistes malos y sus sueños locos, con sus grandes bolsas de lechugas cultivadas en el huerto y aquel don que tenía para animar hasta los momentos más soporíferos.

Andrew estaba tan lejos que se me partía el alma. Sin embargo, aquel no era momento de ponerse a pensar en él, aunque fuera el culpable de todo aquello.

Yo seguía paralizada al volante de la furgoneta.

Un segundo hombre vestido con un mono fosforescente golpeó la ventanilla con impaciencia. Cogí un jersey y subí varios tramos de escaleras metálicas hasta que llegué a la desierta cubierta exterior. Me apoyé en la barandilla y miré cómo Inglaterra se iba encogiéndose hasta perderse en el plomizo horizonte. Bajé la vista hacia el agua, espumosa y grisácea, y pensé en mi violonchelo. Me pregunté cómo se sentiría allí abajo, al fondo de aquel enorme transbordador, embutido como una sardina en una lata amarilla y oxidada.

Era mío desde que mi abuelo murió, cuando yo tenía siete años. A veces experimentaba la sensación de que realmente formaba parte de mí, como una pierna o un brazo. Tras la partida de Jack, lo saqué del estuche y lo dejé en el suelo, junto a la colchoneta hinchable, para poder verlo en cuanto abriese los ojos por las mañanas. Por alguna razón, su presencia me consolaba, algo que se remontaba a mi infancia, creo yo. Cuando las cosas se complicaron para mi familia, el chelo era mi mejor amigo y mi único confidente. Se lo contaba todo. Ya nadie me daba clases, y la melancólica música que con tanto esfuerzo había aprendido a tocar se convirtió en una especie de salvavidas que me ayudó a sortear más tormentas de las que quisiera recordar. En un sentido metafórico, por supuesto. Hasta entonces.

Llovía. Me refugié en la zona cubierta y busqué la sala en la que me habían asignado una butaca reclinable. Por lo visto, yo era el único pasajero de todo el barco que no se había podido permitir un camarote con cama. En cambio, tenía ciento cincuenta butacas reclinables para mí sola, así como otras tantas mantas de nailon de color morado. Extendí unas cuantas en el suelo y me tendí bajo un

enorme tragaluz. Observé cómo los nubarrones grises rociaban de lluvia el cristal. Me levanté. Me senté en una butaca reclinable, miré la pared y seguí pensando en mi chelo.

Fue el violonchelo el que me ayudó a sobrellevar los meses posteriores a la partida de Jack. Tocaba a escondidas, con los ojos entornados, derramando lágrimas que dejaban manchas oscuras en la madera del instrumento. Cuando no tocaba a escondidas con los ojos entrecerrados y llorosos, me sentaba junto al teléfono en la destartalada y caótica oficina de Ben, mirando al vacío, leyendo y releendo el único mensaje de texto que tenía de Jack —*Ojalá pudiera sentir tu cuerpo desnudo aquí a mi lado*—, lo cual solo servía para empeorar las cosas. O me tumbaba en el cobertizo, sobre el barato colchón inflable que había comprado y que siempre se deshinchaba, con la cabeza enterrada en su camiseta, que ya olía más a humedad que a él. O bien recorría las tiendas de segunda mano de Penzance buscando un radiocasete e intentando no imaginarlo rodeado de argentinas hermosas y seguras de sí mismas que exhibían ante él sus cuerpos perfectamente tonificados y bronceados. Antes de aquello, me encantaba Broadsands. Lo consideraba un refugio. Después de Jack, empezó a parecerme una prisión. Hasta el día que lo cambió todo para siempre.



3

Habían transcurrido tres meses desde la partida de Jack.

Deambulé hasta el bar. Ben hacía un crucigrama y fumaba un porro.

Andrew estaba liando otro porro, con una Guinness a medio beber en la mesa de al lado. Me dejé caer en un taburete. Ben me pasó el canuto. Lo miré. Nos pasábamos la vida bebiendo y fumando. En el mundo abundaba la gente como Jack, que reía, amaba, surfeaba, escalaba montañas y dormía bajo las estrellas, pero lo único que hacíamos nosotros era beber y fumar.

—¿Te apetece una copa? —me preguntó Ben.

—No. —Negué con la cabeza—. Lo que me apetece es salir de este agujero.

—Te sentirías mejor si pasaras menos tiempo con la cabeza hundida en la camiseta de Jack.

Inclinándose por encima de mí, se sirvió una pinta de Doom Bat.

—¿No crees que ya va siendo hora de que lo superes?

—Sí —repuse, apretando los dientes. A veces odiaba a Ben—. A eso voy. Necesito salir de aquí.

—¿Y qué te lo impide?

—Pues que no nos pagas, eso es lo que me lo impide, joder. No tengo dinero.

—Y yo no tengo ni un puto cliente.

Andrew me pasó el otro porro. Yo le cedí a Ben el que ya tenía en la mano.

—El otro día estuve mirando la tele —intervino Andrew para romper el tenso silencio—. Echaron un reportaje sobre dos chicos que cruzaron toda América del Norte en plan músicos callejeros. Solo tenían una furgoneta vieja y un par de guitarras. Tocaban como el culo, pero lo hicieron. Fueron desde Canadá hasta México.

Ben y yo nos miramos. Sabíamos lo que venía a continuación.

—Y pensé que deberíamos hacer eso mismo. Largarnos de aquí y convertirnos en trovadores.

—¿Qué es un trovador? —preguntó Ben.

—Un músico callejero, idiota. Un músico callejero que va de acá para allá. Podríamos pillar una furgoneta vieja, como ellos, y buscarnos la vida hasta Francia.

Lo miré.

—¿Hablas en serio?

—Pues claro que no habla en serio —replicó Ben—. Ni siquiera sabe tocar nada.

—Toco la flauta —objetó Andrew, sacando pecho—. Además, para eso está Catrina.

Se volvió hacia Ben.

—Había pensado que tú pasaras el sombrero.

—¿No utilizan para eso a niños mancos?

—Podrías disfrazarte —replicó Andrew.

—Que te den —le espetó Ben, con su fuerte acento del norte—. Odio a los músicos callejeros. Y Francia.

—Tú nunca has ido a Francia.

—Claro que sí.

En aquel momento, Andrew tuvo su genial idea.

—¿Podríamos ir a Nordkapp!

Lo miré fijamente.

—Tú flipas —dije.

—Podríamos ir a Nordkapp y ver el puto sol de medianoche de Jack —insistió Andrew—. Da igual que sea muy caro, porque sacaríamos pasta tocando por el camino.

Jack estaba obsesionado con Noruega. Según él, Noruega era como Nueva Zelanda, pero sin mochileros, y además estaba lo bastante cerca como para llegar en coche desde Inglaterra. Un día me dijo que conseguiríamos una furgoneta, la llenaríamos de latas de comida y viajaríamos hasta Nordkapp, él y yo. En aquel entonces, yo solía tenderme con la cabeza en su hombro e imaginarme a mí misma en el asiento del copiloto, con el cinturón de seguridad bien abrochado, mientras él se ocupaba de todo. Fantaseaba también con un sol de medianoche que rebotaba en un cielo tachonado de estrellas mientras los renos deambulaban despistados por los acantilados, sin saber qué hacer con todas esas horas de luz.

—¿Dónde coño está Nordkapp? —preguntó Ben, que nunca prestaba mucha atención a Jack.

—Es el punto más septentrional de Europa —respondimos Andrew y yo al unísono.

—¿En... el Polo Norte?

—¿El Polo Norte está en Europa? —Andrew me miró. Yo me encogí de hombros.

—Da igual —prosiguió Andrew—. La cuestión es que hay osos, renos y de todo. Sería como estar en el Polo Norte.

—Se te va la olla.

—Eh —dijo Andrew, que prácticamente daba saltitos de la emoción—, podríamos ir desde Nordkapp hasta el cabo San Vicente. ¿Qué os parece?

—¿Y eso qué es?

—Un faro de Portugal.

—Un faro de Portugal —repitió Ben moviendo la cabeza con incredulidad—. Pero si la otra punta de Europa es Italia. Lo contrario del norte es el sur, ¿sabes?

—En Italia hay unas olas de mierda —arguyó Andrew.

—A mí me gusta Italia —terció yo, aunque nunca había estado.

—Odio Noruega —dijo Ben.

Andrew no le escuchaba.

—Seríamos libres, viviríamos fuera del sistema, como el tío ese de la película que fue a Alaska a pata y vivió en una furgoneta vieja comiendo bayas.

—El que se murió de hambre —apostilló Ben.

—De todos modos vamos a morir. La cosa se acorta por momentos, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Tu polla?

—¡Esto! —Agitó la mano con un gesto impreciso que abarcaba todo el bar—. La vida.

Ben resopló.

—Y por eso te quieres sentar en charcos de tu propio pis por todas las esquinas de Europa poniendo «Imagine» en un CD, bebiendo vino de *tetrabrik* y pateando perros.

—Ser músico callejero no es lo mismo que mendigar —arguyó Andrew—. La música es un servicio público. El gobierno debería pagar a la gente que toca en la calle. Dejarían de suicidarse después de ir a comprar al supermercado.

—A mí me entran ganas de suicidarme cuando Catrina toca el chelo.

—Tiene razón —intervine yo, ruborizada—. No se puede tocar el violonchelo en la calle. Es demasiado grande y triste.

—Si se puede hacer autoestop con una nevera, se puede tocar el chelo en la calle.

Tony Hawks, el cómico que dio la vuelta a Irlanda cargado con una nevera, era uno de los héroes de Andrew.

—Por Dios —gruñó Ben—. Deja de hablar de esa estúpida nevera. Ya no tiene gracia. Nunca ha tenido gracia.

—Es guay. Hacer autoestop con una nevera es guay.

—¿Por qué?

—Cállate.

—Cállate tú.

Se hizo un silencio. Volví a pasarle el porro a Andrew.

—Si no me acompañáis —volvió a la carga Andrew entre una nube de humo—, iré solo. Me buscaré la vida para llegar a Noruega, aunque sea lo último que haga.

Capté la mirada de Ben. Ambos hacíamos esfuerzos por no echarnos a reír. La lista de cosas que Andrew pensaba hacer antes de morir era más larga que las páginas amarillas. E igual que nosotros, nunca hacía nada.

Sin embargo, aquella vez hizo algo.

Murió.